

# Vida Internacional

## LA EX R.A.U. EN EL MEDIO ORIENTE

Con la disolución de la República Árabe Unida al reasumir Siria su independencia, la situación general en el Medio Oriente, que no era buena —aunque tampoco agudamente crítica— ha empeorado.

Aunque Nasser ha reaccionado con bastante prudencia ante la rebelión de la Región Norte de su República y no llevó adelante la acción militar que, en un comienzo, se mostró dispuesto a emprender, las relaciones entre Siria y Egipto no serán precisamente buenas durante un período que con seguridad, será más bien prolongado. Ello es natural y, en gran medida, inevitable. Ni los círculos gobernantes egipcios están dispuestos a perdonar fácilmente la "traición" de los sirios a la causa de la unidad árabe, ni los jefes de la flamante república siria pueden restablecer con rapidez las relaciones con un gobierno que para ellos resultaba "tiránico" e "imperialista". La ruptura de la R.A.U. se ha debido a la reacción combinada del nacionalismo sirio herido por el predominio egipcio y de los intereses económicos afectados por la política socialista de Nasser, que hace dos meses había recibido nuevo y poderoso impulso

Por otro lado, la política que durante años ha estado siguiendo Nasser con respecto a Arabia Saudita, el Yemen, Jordania, el Líbano y la propia Siria antes de la fusión hace suponer que no se va a quedar de brazos cruzados y resignado musulmanamente ante el mayor fracaso de su afortunada carrera política. Para lograr la unificación del mundo árabe del medio Oriente, el gobernante egipcio no ha trepidado en intrigar e intervenir más o menos abiertamente en todos los países que lo componen. La radio del Cairo ha llevado a cabo, durante años, campañas implacables contra los enemigos de Nasser y de su gobierno, no sólo llamando a los pueblos árabes a la insurrección contra sus actuales jefes sino incitando hasta al asesinato de éstos. Los sirios que por cierto conocen estos métodos, no tienen por qué suponer que ellos no se van a emplear contra su nuevo gobierno.

De allí que una de las primeras medidas de ésta haya sido el arresto y deportación en masa de los egipcios que había en Siria (unos 700) y de centenares de refugiados de los países árabes vecinos por causa de su nasserismo. Por otro lado,

los ciudadanos sirios sospechosos de la misma tendencia han sido encarcelados bajo la acusación de sabotaje y manejos revolucionarios. Entre éstos se cuenta como el más destacado el ex vicepresidente de la R.A.U., coronel Abdel Hamid Serraj, que un tiempo fuera "hombre fuerte" de Siria y el principal apoyo de Nasser para la formación de la República Unida. Serraj comenzó su carrera política como jefe del servicio de "inteligencia" militar y de un grupo de oficiales fuertemente nacionalistas y orientados hacia la izquierda. Algunos llegaron a llamarlo —hace cinco o seis años— "el coronel rojo" o "el dictador secreto de Damasco". Entonces Serraj liquidó al Partido Social Nacionalista, el más fuerte de la derecha siria, y eliminó del ejército al grupo de oficiales que participaban de la misma tendencia. Luego, como máxima autoridad efectiva del gobierno central del Cairo en la "Región Norte", Serraj utilizó los 15.000 hombres de su policía política para meter en cintura a los opositores al régimen. Se supone que Nasser lo echó por la borda en un último esfuerzo por aplacar a esos opositores cuando la fuerza de éstos comenzó a crecer a fines de septiembre. Pero ya era tarde y el mismo desmantelamiento de la policía política que comenzó a hacerse en esos días como parte del aplacamiento contribuyó a que el gobierno egipcio no se enterara oportunamente del golpe. Ahora Serraj está en la cárcel y los que tienen las llaves son los mismos que él persiguió durante estos años. En un país como Siria, donde el asesinato político no es un recurso totalmente abandonado, eso puede ser peligroso para el antiguo "coronel rojo", por más que el apodo sea más pintoresco que verdadero.

Entre tanto, el nuevo gobierno sirio ya ha solicitado su readmisión a las Naciones Unidas, con lo que vienen a ser tres las solicitudes pendientes, contando las de Mauritania y Mongolia Exterior. Si las tres se aceptan como posiblemente ocurra en este decimosexto período, la organización internacional pasaría a tener 103 miembros, o sea, más del doble que cuando ella fue fundada. El bloque afroasiático, con 50 miembros, pasaría a ser por sí solo casi la mayoría en la Asamblea General.

Nasser ha anunciado que su gobierno no se opondrá a la admisión de Siria, pero puede calcularse que la solicitud de ésta va a ser tramitada como un elemento más de las complejas negociaciones que se están desarrollando en torno al ingreso de Mongolia Exterior y Mauritania.

Por otra parte, Turquía y Jordania, vecinos inmediatos de Siria y con gobiernos poco afectados al de Nasser —sobre todo, Jordania— se han apresurado a reconocer al nuevo Estado. Este reconocimiento tuvo como consecuencia inmediata que Nasser declarara suspendidas las relaciones diplomáticas con aquellos dos países. La nueva

ruptura del jefe egipcio con el rey de Jordania, Hussein, no introduce directamente ningún elemento nuevo en la situación del Medio Oriente árabe pues siempre las relaciones entre los dos gobiernos han sido malas. Pero dentro del cuadro actual Nasser debe moverse con extraordinaria prudencia para no disminuir más su estatura dentro del grupo de los países "no comprometidos" que recientemente se reunieron en Belgrado ni, en especial, dentro de la Liga Árabe.

Nasser nunca ha conseguido ejercer una gran influencia sobre los países del Magherb (Marruecos, Argelia y Túnez) y estando en vías de arreglo el problema franco-tunecino de Bizerta Bourguiba, que se había acercado por necesidad a Egipto, se ha alejado un tanto.

Hacia el Oriente, el general Kassim, de Irak, cuyo petróleo le da una importancia casi tan grande como la que el canal de Suez le confiere a Egipto, difícilmente dejará de aprovechar esta coyuntura para afirmar su posición como rival de Nasser dentro de la Liga Árabe. Pero, un tanto sorprendente, Kassem no se ha precipitado para reconocer a Siria. Ello podría atribuirse a que Kassim tiene sus propios problemas y, seguramente, prefiere lograr ciertas aclaraciones o seguridades previas.

#### ¿EL FIN DE ADENAUER?

El resultado de las recientes elecciones en Alemania Occidental parece, en buena parte, consecuencia de las perturbaciones producidas por la crisis de Berlín y, a su vez, producirá nuevas y aún imprevisibles perturbaciones.

Ese resultado se puede apreciar mejor y sin más comentarios por el siguiente cuadro.

PARTIDO	% votos 1957	Diputados 1957	% votos 1961	Diputados 1961
D. Cristiano	50,1%	281	45,2%	243
Socialista	31,8%	168	36,3%	190
Demócrata Libre	9,7%	43	12,7%	66
Otros partidos			5,8% s/representación	

Sobre poco más de 37 millones de electores inscritos votaron 31 millones 400 mil. La abstención fue del 12,6%, levemente superior a la de las elecciones anteriores, en 1957.

Con 243 diputados en un Bundestag donde hay 499 asientos, el Partido Demócrata Cristiano ha perdido la mayoría absoluta que tenía y deberá contar, imprescindiblemente, con el apoyo de los Demócratas Libres (o liberales) para formar gobierno. En el actual colabora también dicho partido con los demócratas cristianos, pero no porque Adenauer necesite sus votos en el Bundestag sino, más bien, por razones de conveniencia política. El viejo canciller ha dicho que prefiere el poder ejercido por una combinación que no por un solo partido.

Sin embargo, y a pesar de las actuales circunstancias internacionales, Adenauer rechazó el ofrecimiento que se apresuró a hacerle el jefe de los socialistas y actual Alcalde de Berlín, Willy Brandt, para formar un gobierno de coalición nacional. Dicha combinación, según el Canciller, no funcionaría ni estaría de acuerdo con los principios democráticos de gobiernos.

Peró, para que el Partido Demócrata Cristiano —que sigue siendo el mayoritario— pueda seguir con el poder en sus manos necesita, como se ha dicho, del apoyo de los Demócratas Libres, que con 66 diputados tienen la clave de la mayoría en el Bundestag. Teóricamente al menos, ese partido podría darle también a los socialistas la base parlamentaria suficiente para formar gobierno. Y para constituirlo con los demócratas cristianos, el presidente de los Demócratas Libres, Erich Mende, puso expresamente como condición el nombramiento del actual ministro de Economía, Ludwig Erhard, para el cargo de canciller de la República Federal, en reemplazo de Adenauer.

El mantenimiento de esta exigencia, que no ha podido nacerse a la ligera e, incluso, sin ciertos sondeos previos en el propio partido de Adenauer, va a crear una alternativa muy clara:

—Adenauer se sacrifica sin más, cede el paso a Erhard y se retira a la vida privada;

—Adenauer no cede, mantiene su control sobre el Partido y obtiene del Presidente federal, Heinrich Lübke que lo proponga al Bundestag, el 17 de octubre próximo, como canciller, contando con que un mínimo de 7 de los 66 diputados demócratas libres lo apoyen y ninguno de los demócratas cristianos defeccione;

—Adenauer no obtiene, sobre la base anterior el 50% de los 499 votos del Bundestag, pero insiste en su candidatura y trata de que antes del 1º de noviembre la Cámara lo designe;

—tampoco tiene éxito Adenauer en esta tentativa, pero por otro lado, ningún otro candidato —que tiene que ser miembro del Bundestag— alcanza los votos suficientes para ser designado. En este caso, el Presidente de la República puede nombrar canciller al que haya reunido la mayor votación —aunque no haya sido la mitad más uno— o, sencillamente, disolver el Parlamento y llamar a nuevas elecciones.

No parece probable que se llegue a este extremo y sí lo es que se repita, esta vez con más probabilidades de éxito la ofensiva que se intentó hace cuatro años, cuando Adenauer llegó a aceptar la candidatura a la presidencia de la República, dejando así abierta la posibilidad de la ascensión de un hombre más joven a la Cancillería. Pero entonces, cuando quedó en claro que el canciller sería, precisamente, el Dr. Erhard, Adenauer declaró que ya no quería ser Presidente y deseaba en cambio, seguir siendo canci-

ller. "El Viejo" —Der Alte—, como le dicen los alemanes— no creyó entonces que Erhard, a quien se adjudica principalmente el mérito del "milagro alemán", pudiese ser un buen canciller. Nada indica que en los últimos años haya cambiado de opinión aunque, por otro lado, se dijo en aquella oportunidad que lo que Adenauer quería era ejercer efectivamente el poder, a pesar de ser la presidencia un cargo meramente decorativo, contando para ello con tener un canciller dócil. Y el Dr. Erhard no cumple, evidentemente, con ese requisito.

Además, con la edad de Adenauer, los años han debilitado su posición mucho más que su capacidad de trabajo y conducción, que sigue siendo extraordinaria. Pero la generación de viejos estadistas de la postguerra ya ha desaparecido en los países de Europa Occidental. De Gasperi, el italiano, murió hace varios años: en Inglaterra, Churchill es sólo una figura en la Cámara de los Comunes; el general De Gaulle retornó al poder en Francia pero es diez años menor que Adenauer, mientras en Estados Unidos, el partido de Eisenhower, es una generación de hombres apenas en los cuarenta años la que gobierna.

Por otro lado, es posible que el duro y extraordinario "Viejo" —a quien han llamado también "democrator" (contradicción de "demócrata" y "dictador")— tenga que cosechar ahora el fruto de su pesada tutela sobre las principales figuras del partido durante los últimos años. En 1957, el Dr. Erhard fué públicamente humillado por Adenauer que lo forzó a retirar su candidatura a Canciller para mantenerse él mismo en el cargo. El ministro de Economía puede haber perdonado, pero no olvidado. El mismo es el caso de hombres tan importantes como el actual ministro de Relaciones Exteriores, von Brentano, del Presidente del Bundestag, Gerstenmeier, del exministro de RR.EE., Hallstein, que han tenido que soportar la terrible ironía del "Viejo", a quien otro de sus compañeros —y rivales— llamó "Stalin sin bigotes".

Finalmente —y last but not least— la grave derrota electoral sufrida por el partido, que perdió la décima parte de sus fuerzas y casi 40 diputados, es un terrible argumento para los que piden un cambio de la jefatura y una readaptación del partido a las nuevas condiciones creadas, en gran parte por obra misma del "milagro" operado bajo la dirección de Adenauer durante los últimos doce años.

Sea como consecuencia de la situación producida a raíz de las recientes elecciones y de la maniobra del presidente del Partido Demócrata Libre, herr Mende, o a más largo plazo por efecto inevitable de la edad en un hombre que cumplirá pronto (en enero) 86 años, Alemania tendrá que enfrentar un cambio de jefe.

No parece que eso vaya a ser fácil, sobre todo si se considera que es, en realidad, toda una época la que está terminando.

No puede creerse que sea por concupiscencia del poder que Adenauer se haya aferrado por tanto tiempo a él, sino por sincera devoción al servicio de su pueblo. Pocos gobernantes de cualquier parte del mundo podrían mostrar tan asombrosas realizaciones. La Alemania derrotada, destruida y miserable de 1945, con millones de cesantes y ocupada por los vencedores, se ha transformado en una de las grandes potencias económicas e industriales del mundo, recuperando su antigua importancia en poco más de un decenio. La producción nacional ha venido creciendo a una tasa doble de la norteamericana en los últimos años. De 1950 a 1958 el consumo de carne per capita se triplicó y de 1949 a 1961 las prestaciones sociales han multiplicado casi por cinco mientras Alemania ha llegado a tener problemas por exceso de dinero y por falta de brazos. La masa del pueblo alemán no había conocido un mayor grado de prosperidad.

Sin embargo, los observadores han recelado bajo la apariencia de ese bienestar un sentimiento de inseguridad. La misma propaganda electoral del partido de Adenauer —establecida de acuerdo con normas científicas basadas en el estudio de la psicología de las masas— ha venido insistiendo en la necesidad de no hacer experimentos, reforzando el sentimiento de "seguridad" que inspira el viejo y experimentado canciller. El naturalmente disciplinado pueblo alemán adhiere al "führer-prinzip" sin mayor esfuerzo y manteniendo a Adenauer como jefe "La crisis de Berlín" y, sobre todo, los 85 años de Adenauer han planteado casi brutalmente la soterrada pregunta de "Después de esto ¿qué? o ¿quién?"

El mismo Adenauer ha tratado de dejar establecidas ciertas bases sólidas que impidan la repetición de algunos viejos errores alemanes. Nadie ha abogado con más tenacidad y efectividad por la integración de Europa Occidental como terapia del nacionalismo que ha dado origen a las ruinosas guerras del pasado. El ejército alemán ha resucitado, es cierto, pero dentro de proporciones modestas y, hasta el momento al menos, bajo un fuerte control civil y con una inspiración democrática. Pero, por otro lado, al aplastar a sus posibles sucesores para robustecer su —en un tiempo al menos— indispensable dirección, el viejo canciller ha agudizado indirectamente el problema de la sucesión.

Es este, el que el jefe demócrata libre acaba de plantear tajantemente. Pero sería prematuro creer por eso que el gobierno de Adenauer ha llegado a su fin. Puede quedar mucho por ver.

ALEJANDRO MAGNET